



Clausura de la Semana de Pastoral 2007

22 septiembre 2007

Con toda solemnidad, ante la presencia de Dios, Pablo ruega a su discípulo Timoteo que guarde sin mancha ni reproche **“el mandamiento”** hasta el día de la venida de Cristo, teniendo como ejemplo el testimonio de fidelidad a su misión, dado por el mismo Señor ante Poncio Pilato.

¿Cuál es el contenido de este mandamiento? Para responder a esta pregunta es muy oportuno tener en cuenta el versículo inmediatamente anterior al texto hoy leído, en el cual el mismo Pablo exhorta a Timoteo con estas palabras: *“Mantente firme en el noble combate de la fe, conquista la vida eterna para la cual has sido llamado y de la cual has hecho solemne profesión delante de muchos testigos”* (6, 12). Ya en capítulos anteriores Pablo había recomendado a Timoteo tener ante los ojos las palabras proféticas que acompañaron su elección para el ministerio, por la imposición de manos de los presbíteros (4, 14), y participar *“en este hermoso combate, conservando la fe y la buena conciencia”* (1, 18-19). Y no podemos pasar por alto que al comienzo de la carta se hace referencia al encargo recibido por Timoteo de permanecer en Éfeso *“para hacer frente a esos que andan enseñando doctrinas extrañas”* (1, 3). La carta termina precisamente con una exhortación en el mismo sentido: *“Timoteo, conserva la tradición recibida, evita las vanas palabrerías de los impíos y las contradicciones de la falsa ciencia, que algunos profesan desviándose de la fe”* (6, 20-21).

En este contexto estamos autorizados para interpretar “el mandamiento” como las obligaciones que derivan de la fe públicamente profesada en su bautismo y de la misión episcopal recibida con la imposición de manos, es decir, que se mantenga fiel a la fe, al ministerio y a la doctrina recibida.

El propio Pablo presenta en la carta a Timoteo una formulación sumaria del contenido de esta doctrina recibida: *“Es doctrina segura y debe aceptarse sin reservas: Cristo vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Precisamente por eso Dios me ha tratado con misericordia, y Jesucristo ha mostrado en mí, el primero, toda su generosidad, de modo que yo sirviera de ejemplo a los que debían creer en él para obtener la vida eterna”* (1, 15-16). En efecto, *“Dios, nuestro Salvador, quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”* (2,4).

Servir de ejemplo a los que están llamados a creer en Jesucristo para obtener la vida eterna fue la responsabilidad de Pablo y de Timoteo, y lo es de todos nosotros. Y para todos, el ejemplo perfecto es el testimonio de la verdad, dado por Jesucristo ante Poncio Pilato, cuando éste le formula la pregunta por su condición de rey de los judíos, cuya respuesta podría ser decisiva para su absolución o condenación. Es oportuno



recordar el testimonio de Jesús: *“Soy rey como tú dices... Pero mi reino no es de este mundo...Y mi misión consiste en dar testimonio de la verdad. Precisamente para esto nací y para esto vine al mundo. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz.”* (Jn 18, 36-37).

Esta respuesta de Jesús ha sido decisiva para comprender el contenido del Evangelio del reino que él predicó. Marcos refiere: “cuando arrestaron a Juan, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios. Decía: Se ha cumplido el plazo, está cerca el reino de Dios; convertíos y creed la Buena Noticia” (Mc 1, 4ss). Y Mateo resume la actividad pública de Jesús de este modo: “Recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas y proclamando el Evangelio del reino, curando las enfermedades y las dolencias del pueblo” (Mt 4, 23; cf 9,35).

Los evangelistas asumen el término Evangelio del lenguaje de los emperadores romanos, que llamaban evangelios las proclamas con las que ellos pretendían salvar el mundo, orientándolo hacia el bien.

Al asumir este término, los evangelistas quieren indicar que el mensaje de Jesús lleva consigo autoridad y fuerza para hacer realidad lo que anuncia y penetrar en el mundo transformándolo y salvándolo. Cuando Marcos habla del Evangelio de Dios está diciendo que no son los emperadores quienes pueden salvar al mundo, sino Dios, por medio de su palabra, que es eficaz. (cf Ratzinger, Jesús de Nazaret, p. 73-74). Cuando Jesús proclama el Evangelio de Dios y anuncia la llegada de su reino está proclamando la soberanía de Dios. “Él nos dice: Dios actúa ahora; ésta es la hora en que Dios, de una manera que supera cualquier modalidad precedente, se manifiesta en la historia como su verdadero Señor, como el Dios vivo” (Ratzinger, Jesús de Nazaret, p. 83).

La predicación de Jesús sobre el reino asume la enseñanza del Antiguo Testamento sobre el reinado y la soberanía, lleva consigo algo nuevo, que se expresa sobre todo en sus palabras “está cerca el reino de Dios” (Mc 1,15), “ha llegado a vosotros el reino de Dios” (Mt 12,28), el reino de Dios está “dentro de vosotros” (Lc 17, 21).

Se hace referencia a un proceso de llegada que se está realizando **ahora** y afecta a toda la historia humana. Pero, a la vez, el mensaje de Jesús sobre el reino se expresa en imágenes que manifiestan escasa importancia social del reino en la historia: es como un grano de mostaza, como la levadura, como la simiente que se echa en la tierra y sufre suerte diversas: la picotean los pájaros, la ahogan las zarzas o germina y da mucho fruto. Pero la semilla del reino crece también entre la cizaña que el enemigo siembra, y sólo al final se separa del trigo (Mt 13, 24-30).

Otros aspectos de la misteriosa realidad del reinado de Dios o soberanía de Dios se expresan cuando Jesús la compara con el tesoro escondido en el campo y con la perla



preciosa, por cuya adquisición se deja todo lo demás (Mt 13, 44ss); o cuando, Jesús dice que el reinado de Dios vendrá sin dejarse ver, porque está dentro de vosotros (Lc 17, 21); o que “el reino de los cielos” sufre violencia” y que “los violentos pretenden apoderarse de él” (Mt 11, 12).

Teniendo en cuenta todo el conjunto de imágenes y aspectos de la enseñanza de Jesús sobre el reino de Dios, concluye Benedicto XVI que “ahora se tiene cada vez más a entender que con estas palabras Cristo se refiere a sí mismo: Él, que está entre nosotros, es el Reino de Dios, sólo que no lo conocemos (cf Jn 1, 31.33)”. Y menciona otra afirmación de Jesús que apunta en esta misma dirección: “Si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el Reino de Dios ha llegado a vosotros” (Lc 11,20). El “reino” no consiste simplemente en la presencia física de Jesús, sino en su obrar en el Espíritu Santo. En este sentido, el Reino de Dios se acerca, se hace presente aquí y ahora, en Jesús y a través de Él. (cf Jesús de Nazaret, p. 87-88).

“La nueva proximidad del reino, de la que habla Jesús, ... reside en Él mismo. A través de su presencia y su actividad, Dios entra en la historia aquí y ahora de un modo totalmente nuevo, como Aquel que obra. Por eso ahora ‘se ha cumplido el plazo’ (Mc 1, 15); por eso ahora es, de modo singular, el tiempo de la conversión y el arrepentimiento, pero también el tiempo del júbilo, pues en Jesús Dios viene a nuestro encuentro. En Él ahora es Dios quien actúa y reina, reina al modo divino, es decir, sin poder terrenal, a través del amor que llega ‘hasta el extremo’ (Jn 13, 1), hasta la cruz. A partir de aquí entendemos los diversos aspectos, aparentemente contradictorios. A partir de aquí entendemos las afirmaciones sobre la humildad y sobre el reino que está oculto; de ahí la imagen de fondo de la semilla, de la que nos volveremos a ocupar; de ahí también la invitación al valor del seguimiento, que abandona todo lo demás. Él mismo es el tesoro, y la comunión con Él, la perla preciosa” (Ratzinger, Jesús de Nazaret, p. 88-89).

“Llama la atención la importancia que adquiere la imagen de la semilla en el conjunto del mensaje de Jesús. El tiempo de Jesús, el tiempo de los discípulos, es el de la siembra de la semilla. El Reino de Dios está presente como una semilla. Vista desde fuera, la semilla es algo muy pequeño. A veces, ni se la ve. El grano de mostaza – imagen del Reino de Dios – es el más pequeño de los granos y, sin embargo, contiene en sí un árbol entero. La semilla es presencia del futuro. En ella está escondido lo que va a venir. Es promesa ya presente en el hoy. El Domingo de Ramos, el Señor ha resumido las diversas parábolas sobre las semillas y desvelado su significado: “Os aseguro que si el grano de tierra no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero, si muere, da mucho fruto” (Jn 12,24). Él mismo es el grano. ... En la cruz se descifran las parábolas... las parábolas hablan de manera escondida del misterio de la cruz; no sólo hablan de él: ellas mismas forman parte de él. Pues precisamente porque dejan traslucir el misterio divino de Jesús, suscitan contradicción... En las parábolas, Jesús no sólo es el sembrador que siembra la semilla de la palabra de Dios, sino que es semilla que cae en la tierra para morir y así poder dar fruto” (Ratzinger, Jesús de Nazaret, p. 230-231). “En las parábolas se manifiesta la esencia misma del mensaje de Jesús y en el interior de las parábolas está inscrito el misterio de la cruz” (Ratzinger, Jesús de Nazaret, p. 234).



Textos de Bovon

La verdadera actitud ante la palabra de Dios no puede definirse antes de la reflexión sobre esta palabra (571).

Lucas (8, 11-15) desarrolla la interpretación alegórica de las actitudes humanas frente a la palabra de Dios (573).

Las sentencias de los versículos 16-18 subrayan en estilo sapiencial la responsabilidad de los predicadores (v. 16) y la irradiación imparable de la palabra (v. 17). La sentencia del v. 18 tiene la forma de una paradoja para expresar que lo que cuenta no es lo que se oye, sino cómo se oye; por ello, se ha llamado a prestar atención a la forma cómo se escucha la palabra de Dios (573).

Los versículos 19-21 describen a los que escuchan la palabra como personas que la llevan a la práctica, poniéndolas en relación con Jesús. De esta manera, la sección sobre la palabra de Dios concluye con una visión eclesiológica (la familia) y una orientación cristológica (de mí) (573-4).

Resumen. La gran composición de Lc 8, 4-21 es una reflexión sobre la relación entre la palabra de Dios y su aceptación por los seres humanos. De la palabra de Dios los lectores aprenden que ella los alcanza a través de las parábolas y los misterios. Es Jesús el que inicia esta forma de comunicación y se reconoce plenamente su papel de mediador. El acento se pone en la aceptación que Dios espera por parte de los hombres, aceptación que debe probarse en la fidelidad y en la inteligencia, es decir, en el plano ético. Pero esta ética no se reduce a un deber, sino que se desarrolla en la comunidad comprendida como familia. (592).